

# **La Niebla de Wyrmdale**

**Una novela de misterio medieval**

**por ChatGPT en colaboración con David Rodríguez**

# La Niebla de Wyrmdale

## Capítulo I El campanario en silencio

La niebla había comenzado a descender incluso antes del anochecer, como un animal cansado que se arrastra sobre el lomo de las colinas. En Wyrmdale, eso significaba silencio. No el de los rezos o del sueño, sino ese otro, más espeso, que solo puede existir donde la superstición ha echado raíces profundas.

Fray Aldric escuchaba ese silencio como quien lee un libro olvidado. Sentado en su austera habitación de piedra, con las manos entrelazadas sobre un libro abierto que no leía, esperaba las campanadas del oficio nocturno. Pero no llegaron.

Era la primera vez en tres años que el campanario guardaba silencio.

Cuando el hermano Oswin irrumpió con el rostro pálido y el aliento tembloroso, Aldric supo, incluso antes de que el muchacho hablara, que algo se había roto en el orden invisible de las cosas.

El campanero... dijo Oswin. Esta... muerto.

Aldric se levantó sin decir palabra. Tomó su capa raída y salió al patio interior, cruzando el claustro húmedo con el paso seguro del que ha visto demasiadas veces la muerte. El camino hacia el campanario era estrecho y empedrado, bordeado por los cipreses que la bruma convertía en siluetas encapuchadas.

El cadáver yacía en el suelo del campanario, junto a la cuerda aún tensa. El rostro del viejo Lambert, el campanero, estaba ennegrecido por una capa de ceniza densa, como si hubiese inhalado el corazón de una hoguera. No había quemaduras, ni heridas. Solo una quietud antinatural.

El hermano Oswin murmuró una plegaria. Uno de los monjes jóvenes vomitó discretamente entre los arbustos.

Aldric se arrodilló junto al cuerpo, sin tocarlo. Observó. No había señales de forcejeo, ni manchas de sangre. El cuerpo parecía caído de rodillas antes de colapsar de lado. El libro de registros de Lambert descansaba abierto junto al banco de piedra. Las últimas entradas eran impecables, como siempre. Hasta esa noche. La fecha del día estaba escrita, pero el espacio donde anotaba la secuencia de campanadas estaba en blanco.

Alguien ha entrado aquí esta noche antes que vosotros? pregunto Aldric.

Los monjes negaron con la cabeza. Uno de ellos murmuró que nadie osaba subir al campanario de noche.

## La Niebla de Wyrmdale

Y el polvo?

El polvo? repitio Oswin.

La ceniza aclaro Aldric, senalando el rostro ennegrecido del muerto. No proviene de esta chimenea dijo, observando el brasero apagado del rincon. Y no huele a humo.

Oswin se inclino con cautela. Aspiro, y tosio de inmediato. El polvo tenia un olor metalico, como a tierra mojada tras una tormenta electrica.

Aldric se puso en pie y levanto la mirada hacia la campana, suspendida en lo alto. El cordel colgaba inmovil, sin una brizna de viento que lo meciera. Todo en aquel lugar parecia haberse detenido.

Sellad el campanario ordeno Aldric. Nadie entra ni sale hasta que yo lo diga.

Los monjes se miraron entre si. Aldric no levantaba la voz, pero su autoridad era inquebrantable.

Esa noche, la campana no sono. Y sin embargo, en el corazon de Wyrmdale, algo habia comenzado a vibrar como un eco contenido.

Una muerte sin herida. Un polvo sin fuego. Y un cuaderno con la ultima pagina en blanco.

Fray Aldric sabia leer los signos de lo invisible. Y aquello no era un accidente.

Era un mensaje.

# La Niebla de Wyrmdale

## Capítulo II Ecos entre los muros

El amanecer trajo consigo una luz cenicienta, incapaz de disipar del todo la niebla que parecía aferrarse a los muros de piedra como una segunda piel. Fray Aldric no había dormido. Había pasado la noche revisando los pocos efectos personales del campanero Lambert, que los monjes habían reunido en un pequeño arcon junto a la sacristia.

Entre tunicas remendadas, un rosario de madera y un cuchillo sin filo, lo único de interés era el cuaderno de registros, el mismo que había hallado en el campanario. Lo hojeó una vez más. Las anotaciones eran rigurosas, casi obsesivas: fechas, horarios, clima, incluso observaciones sobre el comportamiento de las aves al momento del toque. Pero la última noche estaba incompleta. No solo faltaban los toques: había una página arrancada.

Aldric recorrió el claustro en silencio, deteniéndose ante la estatua de San Ulric. Toco la base de piedra con los dedos y susurro una oración. Luego se dirigió al refectorio, donde el murmullo de los monjes ya formaba una red de rumores.

Fue un castigo divino? oyo decir a uno.

Dicen que el campanero había leído libros prohibidos susurro otro.

Aldric no intervino. Se limitó a observar, a tomar nota mental de quien hablaba, de quien evitaba mirar. El miedo era un velo eficaz, pero también transparente si uno sabía por donde rasgarlo.

Más tarde, bajo al pueblo. Wyrmdale no era más que un punado de casas de madera y adobe, una taberna cerrada, un establo y una herrería perpetuamente humeante. Allí encontró a Merek, el herrero, un hombre robusto y de cenizo aspero.

Lambert? Un buen tipo. Hablaba poco. Mejor así dijo, sin mirarlo a los ojos.

Aldric preguntó por su relación con el campanero. Merek masculló que habían discutido semanas atrás por el pago de una reparación en el badajo de la campana. Nada importante, aseguro.

La siguiente parada fue la casa de Brisa, la partera. Una anciana encorvada, de ojos brillantes e inquietos. Le ofreció un brebaje contra el frío. Aldric lo rechazó cortesmente.

Sabía que Lambert llevaba un cuaderno con anotaciones muy detalladas? preguntó él.

Claro. Decía que la campana tenía humor propio respondió Brisa, sonriendo. Que si sonaba en cierto orden,

## La Niebla de Wyrmdale

los muertos se volvian a dormir.

La tercera visita fue al aprendiz del campanero, un muchacho de rostro palido llamado Elric. Temblaba al hablar.

El decia que algunas notas hacian vibrar las vigas... que si tocabas en el orden equivocado, podias despertar cosas que era mejor dejar quietas.

Aldric anoto cada frase. El patron era claro: Lambert experimentaba con los sonidos. Pero que habia descubierto?

Esa noche, antes de cerrar sus anotaciones, Aldric coloco sobre su mesa una pequena piedra negra que habia encontrado en una grieta del campanario. No era carbon. No era ceniza. Y, sin embargo, parecia recordar el fuego.

El eco del crimen aun no se habia extinguido.

Y los muros, incluso los de piedra, empezaban a hablar.

# La Niebla de Wyrmdale

## Capítulo III Las sombras bajo la capucha

La noche cayo sobre Wyrmdale con una densidad impropia de la estacion. La bruma no se disipaba; al contrario, parecia brotar de la tierra misma. Fray Aldric anoto ese detalle en el margen de su libreta. No era supersticioso, pero sabia que todo fenomeno persistente tenia origen, causa... o proposito.

Durante la oracion de visperas, varios monjes se ausentaron. Oswin, fiel como siempre, le susurro que algunos habian alegado malestar. Aldric lo interpreto como miedo.

Despues del oficio, pidio al prior acceso al archivo de la abadía. Le entregaron una llave oxidada y una advertencia: Lo que duerme ahi abajo es para que duerma. No respondio. Bajo solo.

El archivo era una cripta adaptada, con estanterias de madera antigua y un aire humedo que olia a tinta vieja y moho. Paso horas entre pergaminos hasta encontrar una referencia marginal, escrita en latin arcaico: "sonus damnatorum" el sonido de los condenados, una leyenda que hablaba de secuencias sonoras capaces de alterar el juicio, inducir suenos extranos o abrir umbrales entre mundos.

No creia en puertas invisibles, pero si en lo que el miedo podia hacer con el cuerpo. Y en lo que ciertos polvos como el que cubria el rostro del campanero podian provocar si se inhalaban repetidamente.

Volvio a su habitacion con mas preguntas que respuestas. En la puerta lo esperaba Oswin.

Hermano, alguien ha estado preguntando por usted dijo, inquieto. El boticario del pueblo.

Aldric fruncio el ceno.

Que queria?

Dijo que encontro algo entre sus frascos. Algo que tal vez sea suyo.

El monje bajo al dia siguiente. El boticario, un hombre de mediana edad, de hablar suave y mirada huidiza, le mostro una bolsita de lino.

Estaba entre los ingredientes que entregaron hace unos dias. No se de quien vino.

Aldric abrio el saquito con cuidado. En su interior, una sustancia gris, seca, muy fina. Olia vagamente a cobre.

## La Niebla de Wyrmdale

No era una hierba.

La ha usado antes? pregunto Aldric.

Jamas. No la reconozco.

Aldric guardo una muestra. Al salir, se cruzo con Elric, el aprendiz del campanero, que lo observo desde el umbral de la taberna cerrada. El muchacho llevaba algo en la mano: una pequena figura de madera tallada, que giraba entre sus dedos nerviosamente.

Quien te dio eso? pregunto Aldric.

Era del maestro respondio Elric. Decia que le traia suerte. Que lo ayudaba a encontrar el ritmo.

Aldric tomo la figura. Era una espiral, labrada con minuciosidad. Demasiado precisa para un objeto de supersticion.

Esa noche, hizo sonar una campanilla de laton en su habitacion. La hizo girar en distintas secuencias. En la tercera, algo extrano sucedio: la pequena piedra negra sobre su escritorio vibro apenas, como si respondiera al sonido.

Entonces comprendio que no estaba buscando un arma.

Estaba buscando una partitura.

# La Niebla de Wyrmdale

## Capítulo IV El último toque de campana

Las campanas de Wyrmdale no habían vuelto a sonar. Nadie se atrevía a tocar la cuerda desde la muerte de Lambert. El silencio se había instalado como un huésped permanente en el corazón del pueblo, y el tiempo parecía haber dejado de marcarse.

Fray Aldric reunió a los tres hombres que habían trabajado alguna vez en la estructura del campanario: el herrero Merek, el joven Elric y el carpintero del pueblo, un viudo llamado Davius. Los convocó en la nave vacía de la iglesia, lejos de oídos nerviosos.

Quiero que me expliquen cómo funciona el mecanismo de las campanas. Todo dijo Aldric, sin rodeos.

Durante una hora, los tres hablaron de poleas, maderas tensadas, pesos, resonancias. Davius dibujó con tiza un esquema rudimentario en el suelo de piedra. Aldric escuchó en silencio, cruzando datos con lo que ya sabía: que había una secuencia específica que generaba una vibración inusual en la estructura... una vibración que podía ser usada con intención.

Cuando terminó la reunión, pidió que lo dejaran solo en el campanario.

Ascendió los peldaños de piedra uno a uno. No había viento. El polvo flotaba en el aire como si no se atreviera a posarse. Al llegar, colocó sobre el banco de piedra la espiral de madera de Lambert, la piedra negra y la campanilla.

Tocó la secuencia. Una, tres, dos. Pausa. Dos, una, una. En la última campanada, la piedra vibró, y un eco hueco resonó en el interior de las paredes.

Entonces lo vio: una pequeña hendidura en la campana mayor. Dentro, disimulada con hollín, una delgada lámina de cerámica se había roto. Y detrás de ella, escondido en una cavidad tallada con precisión, había un compartimento con restos del mismo polvo grisáceo hallado en el rostro del campanero.

Era un dispensador. Cada vez que la campana se balanceaba en esa secuencia exacta, liberaba una minúscula cantidad del polvo.

Aldric bajó con el recipiente en mano. Ordenó sellar el campanario de nuevo. Esa noche, durmió poco. Sono con ecos imposibles, con ojos que no parpadeaban.



## La Niebla de Wyrmdale

Al amanecer, pidio ver al boticario.

Reconoce esto? pregunto, mostrando la muestra.

El hombre se puso palido.

Eso... eso es polvo de raiz de escarcha. Pero en ese estado... es refinado. Solo alguien con acceso prolongado a un mortero caliente podria lograrlo.

Y que efecto tiene?

Inhalado durante dias, debilita los pulmones. En dosis mayores, puede... paralizar el pecho. Apagar el aire.

Aldric guardo silencio. Luego le pregunto:

Quien mas tiene acceso a su taller?

El boticario dudo. Bajo la voz.

Cualquiera que ayude con las entregas. Oswin, a veces... o Ava.

Ava?

Mi hija. Ayuda con los pedidos. Sobre todo los dias de mercado.

Fray Aldric regreso al monasterio con un peso nuevo. Subio hasta la torre de observacion. Desde alli, podia ver el pueblo en toda su quietud. Y entre la niebla, vio a Ava recogiendo hierbas en los limites del bosque, sola, como quien no teme nada.

O como quien ya lo ha hecho todo.

# La Niebla de Wyrmdale

## Capítulo V El eco que nadie esperaba

El consejo de Wyrmdale se reunió bajo cielos grises, como si el mismo cielo presintiera lo que estaba por decirse. La sala de piedra, antaño un almacén de grano, ahora albergaba rostros tensos, murmullos contenidos y un vacío donde antes estuvo la certeza.

Fray Aldric se mantuvo de pie, sin libro ni bastón, solo con una pequeña caja de madera entre sus manos.

Lambert no murió por accidente comenzó. Murió por conocimiento. Por descubrir algo que debía permanecer oculto.

El murmullo creció. Merek, el herrero, negó con la cabeza. El boticario cerró los ojos. Ava, sentada al fondo, no se movió.

Aldric alzó la caja.

Este polvo dijo, abriéndola no es común. Es refinado, delicado. Necesita calor, tiempo y precisión. Lambert lo inhaló durante semanas sin saberlo. Y una noche, una secuencia de campanas fue suficiente para sellar su destino.

Se giró hacia Ava.

Usted fue quien le enseñó esa secuencia. Usted, que ayudaba en el herbolario, que tenía acceso a ingredientes, al taller... al mortero. Usted, que conocía a Lambert lo bastante bien como para convencerlo de afinar su toque de campana.

Ava no negó. Solo lo miró, largo rato. Luego, habló:

No era mal hombre. Pero había descubierto cosas. Y no sabía quedarse callado. Sabía lo que mi padre mezclaba. Sabía a quien se lo vendía. Amenazó con contarle todo a usted. Y usted, Fray Aldric... usted escucha.

El silencio fue más denso que nunca. El prior, pálido, se santiguó.

No podía dejar que todo lo que hemos logrado se arruinara continuo Ava. Aquí, la enfermedad no se propaga. Los que sufren... descansan. A tiempo. Como debe ser.

## La Niebla de Wyrmdale

Usted los elige? pregunto Aldric.

Yo... los ayudo. Cuando ya no hay otra opcion. Cuando el dolor no deja pensar. Lambert no lo entendia.

El boticario comenzo a llorar, en silencio. Ava lo miro, pero no con crueldad. Con compasion.

Lo hice por el tambien susurro.

Aldric cerro la caja. Camino hacia el centro de la sala y la dejo sobre una mesa.

No me corresponde juzgar. Pero ahora lo saben. Y ahora, deben decidir.

Y sin esperar respuesta, se dio media vuelta y salio del consejo.

Esa noche, en su habitacion, quemo la ultima pagina del cuaderno de Lambert. Aquella donde habia anotado, con mano temblorosa, la secuencia exacta de campanas.

No porque temiera que alguien la repitiera.

Sino porque sabia que el eco, a veces, no viene del sonido.

Sino de lo que elegimos recordar.